

A conseguir la gloria, y á los suyos
 Auza conduce á la sangrienta lucha.
 Con rifle al brazo y pecho descubierto
 Luchan con denodada bizarría.
 En las brechas se paran los soldados
 Esperando al francés: silban doquiera
 A millares las balas; un murmullo
 Tan sólo se percibe entre el estruendo.
 Se arroja el enemigo formidable;
 Cesa de pronto el fuego; los marrazos
 Se cruzan en las fuertes bayonetas
 De nuestros defensores..... cuatro horas
 De corporal combate se prolongan;
 Y en medio de mil hechos de heroísmo,
 Es vencedor el libre mexicano.

Dejó el terreno el defensor cubierto
 De zuavos aguerridos y valientes
 Que besaron la tierra que pisaban
 Los César-Augustanos defensores.
 Tal vez el invasor en su despecho
 Meditaba proyectos espantosos,
 Al ver del mexicano el heroísmo.
 Desmantelado el fuerte, el mexicano
 Retiró sus pesadas baterías,
 Sus trenes, sus repuestos; y dejando
 En solar convertido el punto heroico,
 Vencedor, retiró sus batallones.

Aún el polvo y el humo del combate
 Cubría á los soldados invencibles,
 Cuando Ortega, radiante de contento,
 Los felicita de la patria en nombre,
 Y recorriendo el campo, preparados

Dejó los movimientos de la noche.
 Entretanto la luna taciturna
 Caminaba, velando á los valientes
 Que al pie de sus murallas la hora esperan
 De combatir, sin tregua, al enemigo.
 En tanto con amor y con ternura,
 Preparando las vendas, fatigosas
 Pero incansables, y de humildad llenas,
 Lucila, Elodia, Elena, á los heridos
 Con maternal cariño dan consuelo,
 A esos valientes que el dolor aqueja;
 Y en medio de sus férvidos dolores
 Mezclan entre sus gritos de amargura,
 Unos, recuerdos de cariño amante,
 Otros, memorias de su bien perdido.

“Madre..... exclamaba un joven delirante
 “Por la terrible fiebre, madre mía.....!”
 Dirigiéndose á Elodia con ternura:
 “Yo no puedo volver á aquella tierra
 “Tan grata para mí: siento la muerte.....!”
 “El bravo mexicano vencer sabe.....”
 “Culpa sea del déspota de Francia!
 “La miseria, Dios mío, la miseria
 “De mi país nos llama siempre á guerra:
 “Yo estuve allá en Argel..... yo ví de Italia
 “Las floridas campiñas..... yo en Crimea
 “Ví vencer á las huestes napoleónicas.....
 “Pero en México..... en México..... ni un día
 “Hemos tenido de obtener la gloria!”

En estas y otras quejas moribundo
 El guerrero francés se producía,
 Mientras Elodia con cariño tierno

Procuraba aliviarle sus dolores.
 Por otra parte Elena, silenciosa,
 A Herlindo cuidadosa consolaba;
 Pero austera, ni un eco, ni un indicio
 Daba que hiciera revelar al joven
 De amor una señal. Triste, abatido
 Cada vez que las vendas le ponía
 Elena, con amor la contemplaba,
 Y la miraba extático y absorto.....
 Ni sentía tal vez esos dolores
 Que le acercaban á la tumba, y sólo
 De tiempo en tiempo de sus bellos ojos
 Derramaba sus lágrimas amantes
 Que las manos de Elena humedecían.
 Pero ella, tan humilde y tan hermosa,
 Ni temblaba al fragor de los cañones,
 Ni al horror de la sangre vacilaba.
 Mientras la bomba horrísona retumba,
 Cuando allá en San Javier de pura gloria
 Arrancamos laureles inmortales,
 Mientras la sangre de los bravos corre,
 Y aún los cristales del salón reflejan
 Del fuerte heroico las azules luces,
 La curación Herlindo recibía
 De Sor Elena, que esforzando su alma
 Procuraba cubrir las emociones
 De su angustiado corazón. “¡ Oh madre!
 Exclama Herlindo: “ Mis dolientes miembros
 “ Tiemblan al escuchar ese silbido
 “ Que estremece el marmóreo pavimento:
 “ Oh cuánto sufro.....! Por piedad, decidme
 “ ¿ Podré ver de otra aurora los celajes
 “ Cruzar frente á esa reja, y de otra noche
 “ Me cubrirán las sombras? Madre mía,

“ Siento desfallecer..... siento morir.....!”
 Quedó en silencio un rato. En tanto Elena,
 Convulsa reprimiendo los sollozos
 De su inocente corazón, le dijo:

“ Hay una Providencia, hermano mío,
 Que nos vela en el cielo. ¿ No miráis
 En estas noches reflejar la lumbre
 De esos miles de bombas formidables
 Sobre nuestras cabezas, sin que una
 Haya caído en este sitio? Aliento,
 Esperanza en el Dios de los cristianos!
 Mas si sentís el alma conmovida,
 Y de la religión busca el consuelo,
 Os llamaré al cristiano sacerdote.....”

“ Sí, Sor Elena, mi razón se alumbró;
 “ Yo siento que del mundo me separo:
 “ Ya vislumbro la luz fascinadora
 “ De la honda eternidad..... Mas ya que debo
 “ Ante de Dios hablar, llamadme á Orestes:
 “ Quiero salir del mundo vindicado,
 “ Para llegar de Dios á la presencia.....”

En lágrimas bañada salió Elena,
 Y al punto vino el sacerdote. “ ¡ Padre!”
 Pudo apenas decir: y desmayado
 Quedó por tanta sangre que vertía.

Un licor vigoroso trajo Elena,
 Dióselo al sacerdote y salió luego;
 Y así comenzó Herlindo conmovido:

“ Por la ambición cegado, padre mío,

“Y por cumplir de un padre los preceptos,
 “Me olvidé de mi patria..... dejé todo.....
 “Abandoné á mi amante, y en las filas
 “Vine del extranjero que asesina
 “A mis hermanos..... ! Telamon maldito,
 “Me sedujo, traidor..... ! vil..... asesino !
 “Oh Dios ! Oh padre mío, perdonadme !”
 —“Perdónale, hijo, tu perdón otórgale,
 “Que Dios dará el castigo á su perfidia.”
 —“Yo ví correr la sangre mexicana
 “Y con la sangre gala confundirse.....
 “Sentí correr la mía..... Antes que cierre
 “Para siempre mis ojos, me arrepiento
 “De crimen tan atroz: perdón os pido:
 “Suplicadle á ese Dios de los ejércitos
 “Que me acoja en su seno..... Y á esa Elena
 “Que como á vil traidor me ha maldecido,
 “Padre..... decid también que me perdone.....”

Y poco á poco con ahogado acento
 Iba su voz articulando apenas.

Orestes, á pesar de su entusiasmo
 Contra todo traidor, se conmovía,
 Y enjugando su llanto así le dice:
 “Al fin, hijo de México, has sentido
 “En tus venas correr la sangre azteca:
 “Está bien, hijo mío: ya del mundo
 “La execración no temas: Dios acoge
 “De tu arrepentimiento la protesta.
 “Olvida tu maldad, que yo en el nombre
 “Del Dios de los ejércitos te hablo,
 “Como ministro del Señor Altísimo.
 “Él te llama á su solio refulgente.....”

“Alza los ojos á mirar el cielo.....
 “Mira los querubines que sus cítaras
 “Pulsan y sus salterios los arcángeles,
 “Para esperarte en venturoso triunfo:
 “El ángel del amor coronas teje,
 “Y de la paz los ángeles brillantes
 “Con incensarios de oro, aromatizan
 “Las inmensas regiones del espacio.
 “Mira, Herlindo, las puertas eternas
 “Se abren ya: el Señor te abre sus brazos.....”
 Herlindo, haciendo esfuerzos poderosos,
 Apenas levantar sus ojos puede,
 Y exclama con voz trémula, indecisa:
 “Mi padre..... gloria á Dios..... en las alturas.....
 “Al Dios que al hombre criminal perdona !
 “Elena..... Elena..... ; Adiós ! Padre, mi patria !”

Y ya no pudo articular ni un eco:
 Clavó los ojos y lanzó un suspiro
 Para volar á Dios. Sus bendiciones
 En el nombre de Dios pronunció Orestes,
 Y al expirar Herlindo limpia lágrima
 De los ojos de Orestes en la frente
 Cayó del moribundo enternecido.
 Luego que Orestes le cerró los ojos,
 Salió de allí enjugándose las lágrimas.

Elena, apenas supo que la tierra
 Dejó Herlindo, en sus lágrimas bañada
 Corrió al altar y sus plegarias férvidas
 Dirigió al cielo por su amante Herlindo.

Y en tanto que dispónese el entierro,
 A cumplir sus deberes salió Elena,

De sublime valor, acompañada
 Con el ministro del Señor del mundo.
 El fuego cesa un poco, y ya la noche
 Cerrando va, cubriendo con sus nieblas
 La tendida extensión de Zaragoza.
 Todo queda en silencio en las campiñas
 Mientras el jefe recorriendo pasa
 Largas horas en todo el campamento.

Sobrecogidos de pavor los galos,
 Pasan la noche hundidos en silencio,
 Solamente enviando enfurecidos
 De tiempo en tiempo estrepitosas bombas,
 Con que quieren vengarse en su despecho.

Los defensores de la plaza, listos
 Vigilan los franceses movimientos,
 Y levantando el campo, recogían
 Muertos y heridos de las dos legiones.

Ya que el fresco crepúsculo empezaba
 A despertar al vigilante gallo
 Que sus cantos sonoros repetía,
 Comenzaron doquier á percibirse
 Del invasor francés los movimientos
 Que activo el mexicano prevenía,
 Al mismo tiempo que la plaza apresta
 Sus reservas que esperan el ataque.

La mañana aromática venía
 Por doquiera fragancia derramando,
 Al romper de las flores el capullo
 Que sacude las gotas del rocío,
 Mientras en el panteón á la sombra

De los sauces que dolientes bajan
 Sus ramas hasta el suelo, se divisa
 Una cruz de ciprés, y junto á ella
 Se ve la fosa funeral que aguarda
 De Herlindo los despojos terrenales.
 La luz apenas las altivas torres
 Doraba en la ciudad, cuando el silencio
 Interrumpiendo de los muertos, se oyen
 Los himnos funerales, misteriosos
 Que allí la religion alza en sus cánticos:
 Mientras colocan el cadáver yerto
 De Herlindo sus amigos en la fosa;
 Y luego un sacerdote con voz clara
 Al pueblo que concurre le dirige
 Triste oración, en que al mortal excita
 A cumplir los deberes de la patria;
 Lamentando la suerte de aquel joven
 Que en las filas murió de los traidores:
 Y al cubrir el cadáver con la tierra
 Hasta el cielo levántase el incienso,
 Mientras que poco á poco todos parten
 Dejando aquel lugar con su pavora.

Aquel silencio triste y misterioso
 Le interrumpe tan sólo el estallido
 De las bombas que empiezan ese día
 Su obra de asolación y de exterminio.

Súbitamente en funeral silencio
 Queda todo, en reposo solitario:
 A poco rato, sin temor del fuego
 Que otra vez tempestuoso se nutría,
 Dos personas se ven arrodilladas:
 Un anciano que riega con su llanto

La tierra removida del sepulcro,
 Y una mujer hermosa que parece
 El ángel del dolor que los espíritus
 Vela de los mortales en las tumbas.
 Mientras vierte sus lágrimas doliente
 El anciano infeliz, flores derrama
 Sobre la tumba la doncella hermosa.

Ese anciano que llora arrepentido,
 Es el padre de Herlindo, que maldice
 De los partidos la ambición insana,
 Y la virgen angélica que el llanto
 Mezcla con el aroma de las flores,
 Que derrama amorosa en el sepulcro,
 Es la inocente y apacible Elena.

Entretanto Filópatro y Amira
 Dulces coloquios de su amor disfrutan;
 Y aunque se aflige Amira á los recuerdos
 De su fortuna ida, dulcifica
 Su pesar, contemplando que la muerte
 Respetá á su adorado y le da gloria.

Filópatro, de amor ardiendo siempre,
 Fija en Amira su ilusión eterna;
 Aunque á ratos su frente se oscurece
 Porque al recuerdo de su amor sin mancha
 Se mezcla de dolor un pensamiento.
 Sabe que una alma existe que delira
 Por su amor, conociendo que su alma
 A otra mujer hermosa pertenece;
 Y á su pesar su pecho conmovido
 Late de amor por su adorada Amira,
 Late de gratitud y sentimiento

Por la entusiasta y amorosa Elodia,
 Mas sólo gratitud su pecho siente,
 Sólo un cariño de virtud le abriga;
 Pero en medio esta lucha de su mente,
 Lucha del corazón y el raciocinio,
 Teme que hiera el alma de su Amira
 Alguna idea, y tiembla y se estremece,
 Porque aunque la ama su rival, acaso
 Pueda no creerlo su adorada amante:
 "Calma, calma, mi bien, dice Filópatro,
 Después de un rato de silencio triste.
 ¿Qué importa, hermosa Amira, que hayas visto
 Reducirse á cenizas tu fortuna,
 Si miras á tu madre cariñosa,
 Si estrechar puedes á tu amante padre?"

"Sí, Filópatro, nada si á tu lado
 Estoy, puedo temer, cuando la gloria
 Que corona tu frente me permite
 Que aún pueda respirar tu dulce aliento,
 Que aún estrecharte con mis brazos pueda!
 Yo soy feliz contigo; y sólo anhelo
 Siempre á mi lado en inrompibles lazos
 Ver unida mi vida á tu existencia,
 Gozar contigo si la dicha gozas,
 Sufrir contigo si el pesar te oprime."

"Así lo anhelo; yo, dijo Filópatro:
 Y aun en medio al fragor de la batalla,
 Al oír de las balas el silbido,
 Siempre he sentido en lo íntimo del alma
 Esa fe, que me anuncia la existencia
 De un grato porvenir, hermosa mía.
 Confianza ten en Dios, pero entretanto

Voy á dejarte, hermosa: el eco se oye
 Ya de la bomba formidable; Amira,
 Sigue orando por mí; el deber me llama,
 Otra vez suena el grito del combate.
 Adiós, Amira!" Y en su frente pura
 Estampó un beso cariñoso y tierno.
 Adiós! suspiró Amira sollozando:
 Dijeron: y Filópatro ligero
 Volvió á su campamento. Un rato Amira
 Se puso á orar al Dios de los ejércitos,
 Y luego llena de consuelo, activa,
 Hilas, vendas y lienzos preparando,
 También auxilio á los heridos presta.

Meditabundo se alejó Filópatro
 Pensando en sus amores y en la gloria
 Que anhela conquistar para su patria,
 Por quien su ardiente corazón delira.
 Inquieto siempre á su pesar de Elodia,
 Teme el amor que esa mujer le tiene,
 Y anhela agradecido su cariño
 Mostrarle, ya que del amor la dicha
 Su amante corazón darle no puede;
 Pues que á otro ángel de amor y de ternura,
 A la inocente Amira, pertenece
 Todo su porvenir, su gloria toda.

En estos agitados pensamientos
 Camina meditando, mientras llega
 A donde el jefe del Oriente se halla;
 Que ya por la extensión del horizonte
 Alumbrando se ostenta la mañana,
 Y al paso que camina presurosa,
 El fuego sigue y rápido comienza
 En varios puntos con nutrido impulso.

Vuelve otra vez activo el movimiento
 De las reservas que doquier acuden,
 Y el entusiasmo de los jefes todos
 Que esperan á toda hora los combates,
 Y siempre listos, vigilantes siempre,
 Ni temen el arrojó de los galos,
 Ni se amedrentan al mirar su empuje.